

LA PSEUDO-HIJA DE CERVANTES

Por MIGUEL HERRERO GARCÍA

FRANÇOIS Maret, catedrático de Historia y Filosofía del Arte, del Instituto Superior de Bellas Artes de Amberes, y Jefe del Servicio de Documentación de la Administración de Bellas Artes de Bélgica, es un notable escritor y destacado hispanista de su país, donde acaba de publicar un precioso ensayo con el título de *Exégèse de Don Quichotte*. La vocación cervantista de François Maret habíase revelado ya en su novela *Les Cendres de Don Quichotte* y en la felicísima adaptación escénica de *Pedro de Urdemalas*, estrenada con aplauso en el teatro principal de Bruselas; pero le quedaba para el nuevo libro de que hablamos demostrar su minuciosa información y su adentramiento en los problemas tanto biográficos como estético-literarios del cervantismo. M. F. Maret domina la documentación y los hechos que en ellos se apoyan, y acepta la interpretación generalmente dada hasta ahora por los escritores españoles. Es decir, plantea los problemas como se han venido planteando, y acepta las soluciones que se han venido dando en España, hasta 1948, fecha de mi renova-

dora *Vida de Cervantes*. No hay, pues, que culpar al docto escritor belga de haber vertido en su libro juicios tan depresivos para Cervantes como los contenidos en este párrafo:

«En 1604, le encontramos en Valladolid, en el piso alquilado por su hermana en el Rastro, único hombre entre cuatro mujeres de la familia —y ninguna su esposa—, de las cuales algunas daban motivo a la maledicencia, y todas se avenían con la inmediata vecindad de auténticas busconas. Aunque no está demostrado que en aquella ocasión se mezclara en cierta clase de tráficos, tenemos la prueba de que lo hizo más tarde, cuando se llevó a cabo el matrimonio de su hija Isabel, concertado bajo los auspicios del viejo Juan de Urbina.»

«¿Hacen bien los biógrafos en pasar a la ligera sobre estos tristes episodios? Los contemporáneos, en todo caso, no abrigaban los mismos escrúpulos. Ignoro si se ha hecho notar alguna vez el empleo por Barrionuevo en su curioso intermedio *El Triunfo de los Coches*, del nombre de Cervantes para designar a un personaje que hacía profesión de vivir de las mujeres.»

La frase «cierta clase de tráficos», con ser tan insinuantemente injuriosa, es todavía eufemística en la pluma de M. Maret. Lo que lisa y llanamente se encubre en dicha frase es que Cervantes traficó con su propia hija Isabel. El nombre del viejo Juan de Urbina pasa como una ráfaga de luz vergonzante, que sugiere escenas de repugnante lubricidad.

Y repetimos nosotros la pregunta del sabio literato belga: «*Les biographes ont-ils raison de passer légèrement sur ces pénibles épisodes?*»

Respondamos, por lo que como a biógrafos nos toca.

Realmente, las relaciones del sexagenario Juan de Urbina con doña Isabel de Saavedra hay necesariamente que plantearlas con el siguiente dilema: O Urbina es su amante, o es su padre. En el primer caso, que a ciegas han aceptado todos los historiadores, sin reparar en las consecuencias y sin examinar siquiera lo que aceptan, el papel que dejamos a Cervantes es monstruoso. Si aceptamos, en cambio, que Urbina es padre de doña Isabel, y su

verdadera madre es doña Magdalena, hermana soltera de Cervantes, la posición de éste se ennoblece y dignifica. ¡Pero esto es pintar como querer, responderán los cervantistas apegados a la interpretación rutinaria! De ningún modo. Esto es leer y entender los documentos con sentido común nada más. No hace falta tergiversarlos, ni alterarlos ni omitir ni añadir nada a su contenido. Hace falta aplicar el sentido común a su crítica.

A la solterona doña Magdalena se le reconocen documentalmente cuatro *líos* con cuatro caballeros diferentes. El perfil moral de esta señora nos autoriza ampliamente a admitir que de análogas relaciones con el guipuzcoano Juan de Urbina tuvo una hija, que es doña Isabel de Saavedra. Fué doña Magdalena quien la recogió en su hogar, quien la educó y la tuvo siempre a su lado, con nombre de *tía*, prohijándola gratuitamente a su hermano Miguel.

La doble moral que existía entonces como ahora, una para el hombre y otra para la mujer, coonestaba a los ojos de ambos hermanos este trastrueque de papeles. Tener una hija natural un hombre que ha ido al matrimonio a los treinta y tantos años de edad, y se ha pasado su juventud entre cuarteles y teatros, no constituía ningún baldón; pero en una mujer soltera y dada a la vida devota, era algo feo y digno de ser ocultado. Por otra parte, Urbina estaba casado, tenía hijos y hasta nietos, servía nada menos que en la casa de la hija de Felipe II, de cuya influencia tal vez se valía en los pingües negocios que traía entre manos, y todo aconsejaba salvaguardar al ricacho negociante, que tampoco se mostraba reacio en dotar, alhajar y casar a doña Isabel. Esto lo ve un ciego: el hombre que da un dote de dos mil ducados a una mujer, le compra una casa, se la obra costosamente, se la amuebla con lujo, la viste y la enjoya, y todo esto lo lleva a cabo mancomunado con Cervantes y hurtando el cuerpo tras la figura *del padre* de la criatura, da bien a entender que tenía un miedo horrible al escándalo; un miedo tan grande, como grande era el celo y la generosidad de Cervantes en coadyuvar a dejar en salvo el

honor de su hermana y la tranquilidad conyugal y social de Urbina.

En Cervantes se explica maravillosamente este proceder. No hay más que recordar los cien berenjenales en que se metió estando en Argel por salvar a gentes que había conocido tres días antes. Llevaba en la sangre el *quijotismo*; sufrió riesgos y desazones sin cuento por hacer el *Quijote*; no escarmentaba nunca en los fracasos a que le arrastraba su carácter *quijotesco*. ¡Y se busca la génesis del *Quijote*! Lo llevaba Cervantes en las venas, desde que su madre lo echó al mundo.

La actitud de la mujer de Cervantes, complaciente y cariñosa con doña Isabel, revela que estaba en el secreto. Sabía que era una hija natural pegadiza, que no hería sus sentimientos de esposa, y salvaba el honor de su cuñada. La conducta desamorada y fría de doña Isabel para con Cervantes dice bien a las claras que en su alma no existía el menor sentimiento filial.

Si de la psicología de los personajes de esta comedia humana pasamos a examinar a los primeros testigos que aseguraron que doña Isabel era hija natural de Cervantes, veremos que no son en absoluto dignos de fe.

Todos los testigos del proceso por la muerte de Espeleta, que son los primeros en afirmar que doña Isabel es hija natural de Cervantes, hablan por boca de ganso. Deponen en Valladolid sobre hechos acaecidos en Madrid veinte años antes, de los cuales no saben ni pueden saber absolutamente nada... más que lo que doña Magdalena les haya querido contar. Cervantes calla, y deja decir. Guarda un secreto del que depende el honor de su hermana, ya a aquellas fechas anciana y entregada al beaterio.

Contra toda esta argumentación se replica: Pero, ¿dónde está el documento que pruebe que Cervantes no es padre de doña Isabel? ¡Donosa réplica! Demasiados cabos sueltos se dejaron los autores del enredo, para que también queramos que nos dejasen un documento fehaciente y explícito de la verdad real de los hechos. Hay pruebas morales evidentes, que valen más que todos los papeles viejos de los archivos. Hay un hombre excepcional

que en Lepanto fué héroe, en Argel fué casi santo, en Ecija fué modelo de funcionarios públicos, y en Madrid, al final de sus días, cuando no era tiempo de bromear con la otra vida, no pudo ser, no fué, un monstruo que traficara con el honor de su hija.

Pero, ¡oh, fuerza de la rutina! Esa monstruosidad se ha venido creyendo durante tres siglos y medio, y naturalmente, cuesta mucho trabajo renunciar en un momento a una posición tan vieja.

Y, además, en el fondo de su conciencia, habla el orgullillo a cada cervantista y le dice: «¡Qué lástima que esta solución no se te haya ocurrido a ti!»

